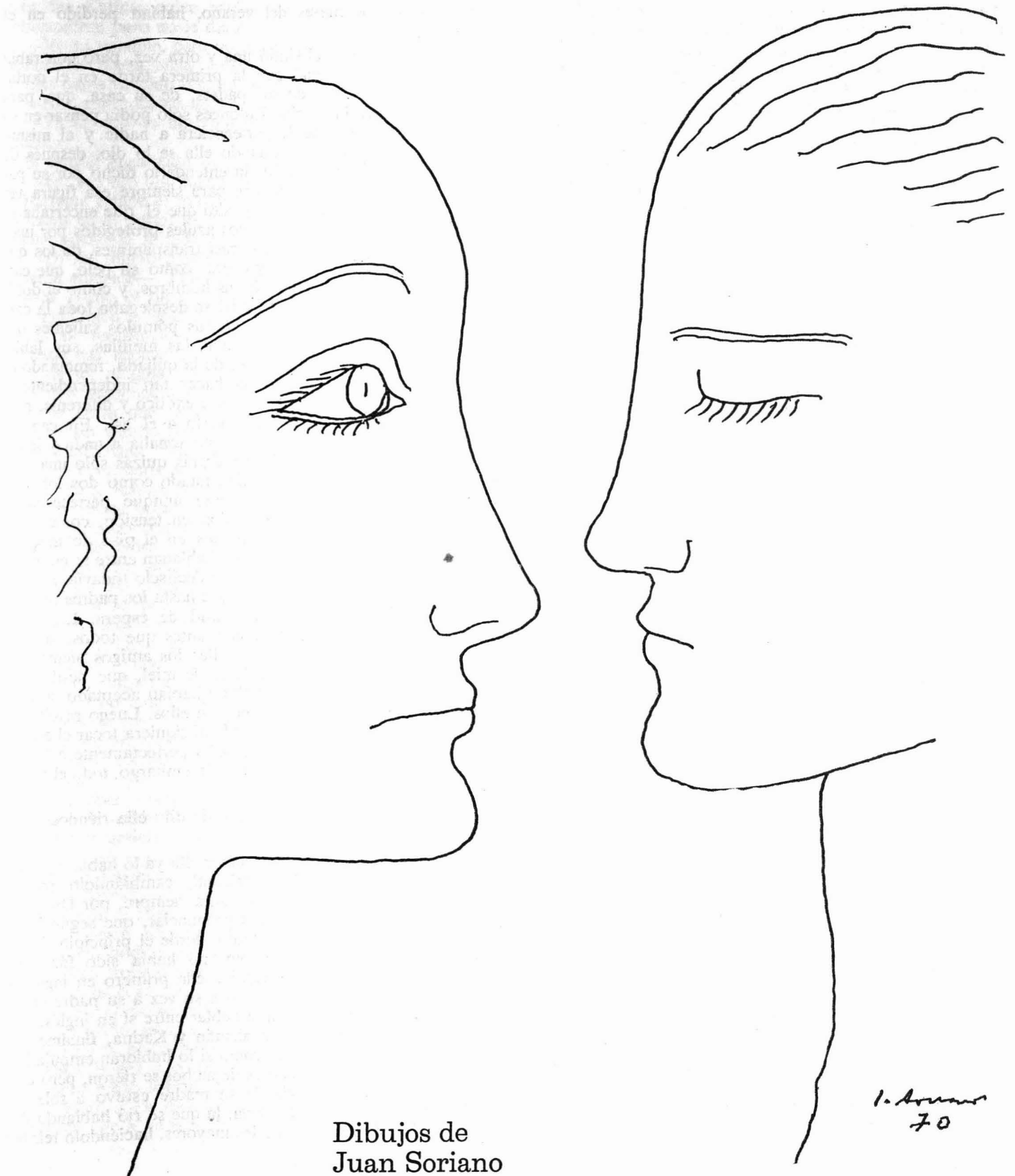


Juan
García Ponce

La gaviota



Dibujos de
Juan Soriano

1. Armonía
70



Habían estado caminando casi desde el principio de la mañana a la orilla del mar, sobre la estrecha faja de arena firme, humedecida por el suave ir y venir de las pequeñas olas que borraban las huellas de sus pies descalzos al extenderse silenciosas sobre la playa ardiente, como si se hicieran cómplices del, para ellos, inadvertido propósito de no volverse atrás, y desde el principio también, la gaviota los siguió, volando ligeramente a su espalda, sin adelantarlos nunca, hasta ser ya la única presencia viva que podía ser testigo de su doble figura solitaria, unida en su separación y semejante en su diferencia. Alrededor de ella, de la doble figura apenas adolescente, el muchacho con los blancos pantalones de dril enrollados desigualmente y la camisa blanca también amarrada a la cintura desde que el sol empezó a picarle en la espalda, con la escopeta colgando del hombro izquierdo y su mano tocando cada cierto tiempo el lustroso mango, y la muchacha con sus ajustados shorts azul pálido dejando libres sus largas piernas doradas y la delgada blusa sin mangas mostrando el no menos hermoso dibujo de sus brazos, no había espacio, sino, sobre el delicado murmullo del mar, sólo luz, una luz única, intangible, bajo la que desaparecían los colores y las formas. El mar no era más que el espejo sobre el que brillaba de pronto, en la cresta de alguna suave ondulación, el vacío luminoso del cielo y su tenue movimiento se perdía sin ninguna transición en el brillo ardiente de la arena limitada en el lado contrario por la franja incolora también de los arbustos, que no parecían pertenecer ni al agua ni a la tierra y detrás de los cuales no se extendía más que el vacío luminoso del cielo. Ellos habían empezado a alejarse de las casas que bordeaban la costa sin saber por qué, para moverse simplemente, para afirmar la soledad en que habían vuelto a encontrarse, y ahora el mundo entero parecía haberse alejado; pero no estaban solos; en medio de la radiante luminosidad, el vuelo de la gaviota hacía tangible la ingrátida textura del aire, como si su blancura deslizante negara la otra realidad de lo blanco, presente a pesar de que ninguno de los dos se había vuelto en ningún momento a mirarla y ella no los había adelantado nunca, como si sólo escoltara la ignorancia del motivo de los movimientos de ellos.

El verano había terminado ya. Un fin que no traía consigo el principio de nada; pero, igual que el segundo día, de entre las casas deshabitadas ella había salido muy temprano por la mañana y fue a sentarse junto a él, que miraba el mar incoloro con las piernas encogidas, los brazos alrededor de ellas y la escopeta en la espalda. Después empezaron a caminar. Cuando se puso de pie, él le había tomado la mano para ayudarla a incorporarse y durante los primeros pasos se quedó con ella en la suya. Su mano delgada que, el primer día, sintiera frágil como si pudiese quebrarla, hacerla desaparecer con el mero poder de una ligera presión, al tomarla para despedirse de ella, de noche ya, después de que habían vagabundeado por la orilla del mar y entre las casas solitarias.

—¡Mira las estrellas! —había dicho ella entonces en su perfecto español, pero con un acento diferente al de él, cuya disimilitud les hiciera reír al principio, y al levantar la cabeza, siguiendo el movimiento del interminable cuello de ella, a él le pareció que hasta entonces nunca había visto el cielo ni la noche. Y sin embargo, desde entonces ya, estaba lleno de recuerdos anteriores a ella, recuerdos solitarios, que su aparición y la tensión que siguió, después de tres días deslumbrantes,

durante los largos meses del verano, habían perdido en el olvido.

Durante esos meses él sintió una y otra vez, pero con rabia ahora, que todo era igual que la primera tarde en el portal junto al mar de la casa de sus padres, de su casa, que, para colmo, era también la de ella. Entonces sólo podía pensar en su nombre, como si éste no le perteneciera a nadie y al mismo tiempo fuese todo. Katina. Cuando ella se lo dio, después de que él había creído escucharlo sin entenderlo dicho por su padre, las tres sílabas representaron para siempre esa figura tan delgada como la suya y no menos alta que él, que encerraba su piel ligeramente dorada ya, sus ojos azules protegidos por unos párpados increíblemente frágiles, casi transparentes, de los que salían las pestañas tan largas y negras como su pelo, que caía partido en dos a ambos lados de sus hombros, y como el doble arco de sus cejas, alrededor del cual se desplegaba toda la cara con su frente larga, su nariz recta, sus pómulos salientes que hacían parecer ligeramente hundidas las mejillas, sus labios delgados y pálidos y el firme trazo de la quijada, rematando en la barbilla redonda, que lograba hacer tan independiente el largo cuello curvado. Todo en ella era exótico y diferente, pero él sabía que ella también debía verlo a él así. En cambio, cuando se lo dijo a ella, su nombre no sonaba a nada y le dio vergüenza. Luis. Una sola sílaba y detrás quizás sólo una furia inexplicable. Hasta entonces habían estado como dos lobeznos inquietos que se vigilan mutuamente aunque pertenezcan a la misma manada, con los músculos en tensión, conteniendo apenas el impulso de saltar, sentados en el piso de mosaico, cada uno al lado de sus padres, que hablaban entre sí en inglés, un idioma que, sin que ellos pudieran decirselo todavía, ninguno de los dos sabía, y eran tan bellos que hasta los padres tuvieron que reparar finalmente en su actitud de espera. Los de él habían venido a la casa de verano antes que todos, precisamente para esperar allí a los de ella: los amigos alemanes a los que conocieran durante su luna de miel, que desde hacía dos años vivían en la capital y ahora habían aceptado su entusiasta invitación a pasar el verano con ellos. Luego resultó que aunque los padres no habían logrado ni siquiera tocar el español en esos dos años, Katina lo dominaba perfectamente a los tres meses de ir a una escuela en la que, sin embargo, todo el mundo le hablaba en alemán.

—Tu nombre significa Ludwig —le dijo ella riéndose cuando lo supo.

Eran dos sílabas, pero al anochecer ella ya lo había regresado a la única inevitable sílaba original, cambiándolo primero por Lud y luego, definitivamente, para siempre, por Dwig, una palabra que él ni siquiera podía pronunciar, que según Katina no era alemán ni nada y por tanto, desde el principio, le perteneció sólo a ella. Sin embargo, no había sido fácil acercarse. El padre de Luis le habló a ella primero en inglés; en vez de contestarle Katina le habló a su vez a su padre en alemán; los dos padres volvieron a hablar entre sí en inglés; luego la madre de ella le habló en alemán y Katina, finalmente, a Luis en español. Él se asustó como si lo hubieran empujado de pronto a un abismo y los padres de ambos se rieron, pero cuando, siguiendo la sugerencia de su madre estuvo a solas con Katina sobre la arena de la playa, la que se rió hablando de la idiotez —“¿se dice así?”— de los mayores, haciéndolo reír tam-



bién, fue Katina, quien explicó enseguida que Katina era un sobrenombre pero no le daría nunca su verdadero nombre.

—No es horrible, pero no me gusta —explicó, volviendo un instante la cabeza hacia la casa y clavando luego los ojos en él.

Luis había vencido el susto inicial, pero ahora estaba turbado.

—No tengo muchas amigas —dijo—. Aquí...

—Ya lo sé —lo interrumpió ella y se quedó callada, esperando.

Él sonrió, encantado de pronto.

—Tal vez eso sea bueno ¿verdad? —dijo luego.

Enfrente estaba el mar y a su alrededor todo era conocido. Sentados en el portal los padres de ambos se veían muy lejos. Katina siguió la mirada de él.

—Yo los quiero mucho a ellos —dijo como para corregir la burla anterior—. ¿Tú también a los tuyos?

—Sí —dijo él sin vergüenza.

—Está bien —dijo Katina, dando todo lo que había que saber por terminado—; ¿qué hacemos ahora?

Desde ese momento, durante los tres días siguientes, Luis trató de ser el guía. El mar estaba ligeramente revuelto aún y las olas manchadas de algas rompían con más fuerza sobre la arena en la que se secaban las mismas algas. Primero caminaron sin rumbo por la playa. Ella mirando hacia el mar; él hacia las casas, venciendo la tentación de decirle quién vendría a vivir en unos pocos días a cada una de ellas, consciente de que para Katina los puros nombres no podían significar nada. La fuerte brisa que soplaba desde el mar hacia la tierra ceñía el delgado vestido de algodón de ella contra sus piernas y cuando, sin avisarle a él, se sentó de pronto sobre la arena para descalzarse, la falda resbalando sobre sus muslos los dejó descubiertos por completo. De pie a su lado, él tuvo que hacer que su vista se perdiera en el largo muelle que se extendía hasta muy adentro en el mar, más allá, en el puerto.

—Tal vez haya algún barco alemán en el muelle, mira —dijo cuando volvió la vista hacia ella.

—No me importa —contestó Katina encogiendo los hombros—. Yo no tengo nostalgia.

Se puso de pie y levantándose la falda con las manos fue adentrándose en el mar hasta llegar casi al lugar donde rompían las olas. La brisa revolvió su negro cabello, echándose sobre la cara.

—Está tibia —dijo casi con sorpresa, volviéndose hacia Luis, que se había quedado sentado junto a las sandalias de ella como si tuviera que vigilarlas.

—Ya lo sé —contestó él, con un tono de conocimiento, ligeramente despreciativo tal vez.

—¿No vienes? —insistió ella.

—No, aquí te espero —dijo él y pensó que apenas ella saliera la llevaría tierra adentro, hacia los cocotales, más allá de las casas, donde podría sorprenderla con su facilidad para trepar por los lisos troncos anillados.

Durante la cena, en efecto, Katina les contó entusiasmada a sus padres cómo se subía Luis a las palmas y él supo que lo estaba haciendo porque se volvía a mirarlo una y otra vez, aunque apenas podía distinguir su nombre entre la música de las vocales largas y cortas que parecían formar una sola palabra; pero luego los que hablaron fueron los mayores y ellos sólo se veían a los ojos sonriendo apenas entre bocado y bocado, cada uno a un lado de la mesa.

Al terminar, todos salieron de nuevo al portal, donde la brisa soplaba casi con furia y mientras los padres se balanceaban en sus mecedoras hablando entre cortos silencios, Luis y Katina se sentaron en los escalones que desembocaban directamente a la arena, muy cerca uno del otro, mirando hacia el mar que, perdido en la oscuridad, era un puro, continuo rumor.

—¿De qué parte de Alemania eres? —le había preguntado Luis entonces, aunque sus padres se lo habían dicho ya y ella contestó:

—De München —con una pronunciación que hizo sonar la palabra diferente y convirtió para Luis a la ciudad en otro lugar del que había imaginado.

Después el que habló fue él, de sus primos y amigos y de las visitas a la antigua hacienda de sus abuelos, hasta que de pronto Katina se estiró extendiendo los brazos y bostezó largamente, rematando el bostezo con un profundo suspiro.

—Katina está cansada —dijo la madre de Luis, haciendo que él pensara con temor que habían estado atentos a ellos todo el tiempo y escuchando por tanto algunas de sus exageraciones, que casi se convertían en mentiras; pero la madre se limitó a decirle algo en inglés a la de Katina y luego le dijo a él que la acompañara a su cuarto y si quería se acostara ya él también.

Katina besó a sus padres y a los de Luis al dar las buenas noches y él se sintió obligado a hacer lo mismo, terminando con su padre que le dio una casi ruda palmada en la mejilla después, lleno de orgullo.

Subieron las escaleras juntos y Luis se detuvo indeciso en la puerta del cuarto destinado a Katina y que antes fuera siempre el de su abuela. Katina volvió a bostezar y los ojos azules se le llenaron de lágrimas, brillando más aún.

—Bueno... —dijo Luis.

—No, entra —dijo ella, abriendo la puerta.

Sobre la cama estaba su maleta. Katina se dirigió directamente hacia ella y empezó a sacar cosas, dejándolas en desorden por todos lados, mientras Luis esperaba cerca de la puerta todavía, admirándola. Luego ella se detuvo de pronto y miró hacia la ventana.

—Se oye el mar —dijo sinceramente sorprendida.

—Claro —contestó Luis con orgullo. Abrió la ventana y el rumor entró al cuarto con mayor claridad.

—¿Dwig, qué maravilla! —dijo ella con los profundos ojos azules abiertos a la sorpresa y la felicidad—. ¡Me gusta todo, todo me gusta!

A él le pareció que su comentario sonaba a persona mayor y sintió vergüenza, pero ella caminaba ya hacia la ventana y saltando fácilmente por ella salió a la terraza. Él la siguió y fue entonces cuando Katina le había dicho que mirara las estrellas y después de quedarse callada un momento le tendió la mano delgada, tan delgada, le dio las buenas noches y entró de nuevo a su cuarto por la ventana. Instintivamente, Luis se dirigió también al suyo y en la cama, a oscuras ya, para él empezó a existir sólo el presente, sin anticipación del futuro ni una mucho más imposible mirada hacia atrás, hacia donde todavía no estaba Katina.

Una de las tardes, la segunda de sus tres primeros días solitarios mientras los padres de los dos dormían la siesta, Luis se metió forzando la puerta trasera a la casa de uno de sus tíos donde recordaba haber visto un gran atlas y echados en la

terrazza superior de su casa, en los mosaicos sobre los que las paredes arrojaban sombra, él y Katina lo repasaron, gracias a la insistencia casi necia de él, para comprobar juntos la distancia que separaba la ciudad de ella de la suya; pero a Katina no le interesaban los mapas ni las comprobaciones. Nadaba por lo menos tan bien como él y con igual resistencia, pero Luis esquiaba mejor y ella desistía de volver a intentar la salida apenas fracasaba alguna vez. La primera mañana, al bajar, medio soñoliento todavía, en shorts y sin camisa, para desayunar, él la encontró, sentada a la mesa en traje de baño ya y cuando ella, terminado el desayuno, se puso de pie, su cuerpo delgado, cubierto apenas por un pequeño bikini rojo, era tan bello que él ni siquiera se dio cuenta de hasta qué punto lo estaba contemplando, sin poder imaginar ya que tenía que terminar su café con leche, pensando sólo en subir a ponerse el traje de baño y salir con ella a la playa.

Lo esperó en el portal, sentada en una de las mecedoras, sin balancearse, con las largas piernas de rodillas ligeramente salientes todavía estiradas en línea recta hacia adelante y un pie sobre el otro, mordisqueando una galleta con mermelada y con los rojos tirantes de la parte superior del bikini sueltos, cayendo sobre su estómago liso como un espejo y apenas él apareció en el portal, dejó la galleta sobre el brazo de la mecedora, sin fijarse en que el brusco movimiento con que se levantó la hizo caer al suelo, y corrió por la playa hacia el mar, atándose los tirantes alrededor del cuello al mismo tiempo, envuelta por la luz fija, sin contrastes, de la mañana, como si su figura naciera de ella o fuera parte de ella, desplazándose en un vacío que la recogía sin ninguna resistencia. Él la siguió instintivamente, corriendo también y llegaron casi al mismo tiempo a la orilla del mar, al que ella entró, seguida igualmente por Luis, casi sin detenerse, perdiéndose bajo el agua, un tanto revuelta todavía, unos metros más adelante del lugar donde las olas al romper le habían hecho levantar los brazos un instante para protegerse de las salpicaduras. Al perderla bajo el agua, Luis empezó a nadar sin sumergir la cabeza, alejándose despacio de la orilla y un poco después vio reaparecer no muy lejos su cabellera negra y seguir nadando mar adentro. La alcanzó y avanzó a su lado hasta que ella se detuvo donde ninguno de los dos tocaban fondo ya. Ella se apartó el pelo de la cara, abrió los ojos azules en cuyas pestañas brillaban las gotas de agua y le sonrió como si estuviera segura de que iba a encontrarlo a su lado.

—Es tan raro que el agua esté caliente —dijo con el aliento ligeramente entrecortado, mientras su mano delgada repetía el gesto de apartarse el pelo—. Me quedaría aquí todo el tiempo.

Luis la miró con la respiración un tanto alterada también, viendo cómo el mar hacía subir y bajar con un suave ritmo el cuerpo de ella de la misma manera que el suyo.

—Tu pelo... —dijo.

—¿Qué tiene? —preguntó ella.

—No sé... Es como... como el marco de un retrato.

Katina lo miró a los ojos maliciosamente.

—Algún día voy a cortármelo —dijo luego muy seria, repitiendo una vez más el gesto de echarlo hacia atrás y sonriéndole después.

Nunca, pensó Luis, nunca, como cuando ella le comentó que jamás le daría su nombre; pero ya no dijo nada más, sino

que los dos se quedaron uno cerca del otro, balanceados libremente por el mar, unidos y separados por él, hasta que Katina sin avisar, como si de pronto estuviera perdida en sí misma, empezó a nadar siguiendo la línea de la playa y él dudó un momento antes de decidirse a seguirla.

No salieron del agua hasta que los padres de los dos aparecieron en la playa, plantando una enorme sombrilla verde y azul en la arena y Katina se acostó poniendo la cabeza sobre el estómago de su padre, que tomaba el sol con los ojos cerrados fuera de la sombra protectora de la sombrilla y dio un respingo al sentir el contacto con el pelo mojado. El padre de Luis se rió mientras él se quedaba de pie a una prudente distancia y luego Katina le dijo algo a su padre, que Luis no pudo entender por supuesto, mostrándole sus manos arrugadas por el largo tiempo que había estado en el agua.

La madre de Luis le advirtió a Katina, hablando muy despacio, como si a ella le fuera a costar trabajo entenderla, que tuviera cuidado con el sol y Luis, sonriendo por dentro ante la innecesaria precaución de su madre al hablar, pensó que el sol nunca le haría nada a ella, sin darse cuenta de que para él eso no era posible porque Katina era parte de la luz, era la luz misma, sin ningún límite, encarnada en su persona más allá de todo espacio, aparte de toda contingencia; pero cuando el padre de él sugirió dar un paseo para que los invitados conocieran la costa y le pidió que lo acompañara a buscar la lancha, que con la ayuda de los pescadores del pueblo habían echado al mar la mañana anterior y ahora subía y bajaba con el ritmo de las olas un tanto mar adentro, tanto Katina como sus padres y la madre de él se pusieron blusas para protegerse y Katina y su madre unos sombreros de copa en punta y ala ancha echada hacia abajo de los que el de Katina tenía una cinta azul, que ella se ató cuidadosamente bajo la barbilla, haciéndose sombra además con el brazo y mirando la raya blanca de la costa que se dibujaba a lo lejos, de tal modo que cada vez que él, sentado en el extremo de la proa se volvía a mirarla, mientras la espuma levantada por la lancha salpicaba su cuerpo, la mitad superior del rostro de ella quedaba en sombras y él no podía saber si ella lo estaba mirando también.

Luego nadaron alrededor de la lancha lejos de la orilla, en las verdes aguas profundas, un buen rato y Katina sólo pareció



ocuparse de su padre y de ganar la atención del de Luis, pero en un momento en que él estaba descansando con los brazos apoyados en la borda de la lancha y la cabeza sobre ellos, sintió que alguien le tiraba de los pies por debajo del agua y un instante después la cabeza de Katina, quitándose los pelos de la cara, apareció sonriéndole en la borda contraria y luego, al día siguiente, cuando intentaron esquiar, toda su atención estuvo dedicada a él. Para entonces, la tarde anterior, mientras los mayores dormían la siesta, ellos habían ido caminando por la carretera a la que daba la parte posterior de toda la larga hilera de casas de verano hasta el puerto. Katina, que salió descalza a pesar de la advertencia de él, había regresado por unas sandalias apenas tocó el caliente pavimento de la carretera, pero por lo demás sólo traía puestos unos shorts blancos y un sostén amarillo tan pequeño como el de su bikini y el, fascinado, ni siquiera pensó en decirle que nadie iba así al puerto, sintiendo en el fondo que ella era intocable y tenía todos los derechos.

Primero fueron hasta el extremo del largo muelle, donde no había ningún barco alemán, pero sí dos noruegos, uno turco y un pequeño guardacostas mexicano. Katina le gritó algo en alemán al oficial impecablemente vestido de blanco de uno de los barcos noruegos, quien los miraba desde la cabina de mando y éste, sorprendido, contestó en seguida con gran entusiasmo y luego bajó por ellos y los hizo subir al barco, donde siguió hablando con Katina, sonriendo continuamente, mientras les enseñaba las distintas partes de él, de acuerdo, pensó Luis, con las preguntas de Katina, que sin dejar de hablar con el oficial se volvía continuamente a sonreírle a Luis y en un momento en que su guía le dio la espalda se encogió de hombros despreciativamente y le sacó la lengua. Luego, cuando los dos estaban de nuevo en el muelle, mientras agitaba la mano diciéndole adiós al sonriente oficial, comentó para Luis:

—Es un tonto y cree que nosotros también. Pobre.

Luis se sintió pagado del largo silencio que había tenido que guardar y, seguro de sí mismo otra vez, caminó junto a ella, consciente de que el oficial los estaba mirando desde la soledad de su barco, hasta el lado contrario del muelle, donde Katina se puso a hablar de nuevo, pero en español esta vez, con uno de los marineros, sudado y con el moreno torso desnudo, que pintaba, sentado en un tablón que colgaba sobre el mar, la quilla del barco mexicano. Las explicaciones de éste sobre el funcionamiento del pequeño cañón que se encontraba en la proa eran bastante confusas y Katina desistió del intento de conversación en seguida.

Mientras caminaban de regreso por el largo muelle, la blanca hilera de las casas de veraneo, bajo la deslumbrante luz del sol de la tarde, se veía cerca y lejos al mismo tiempo, como si estuviera en otro espacio al que fuera imposible llegar desde el muelle, y Luis sintió de pronto que, a diferencia de él, Katina no era parte de ellas, pero tampoco pertenecía a ningún otro lado, estaba allí simplemente, caminando junto a él, con el pelo revuelto por el viento, apartándose una y otra vez de la cara, y tal vez en cualquier momento, precisamente por que su presencia era tan absoluta que no podía pensar más que en su cercanía, sin ni siquiera ser consciente de ella, sino tan sólo gozándola como una parte de sí mismo, extraña a él, pero que, de algún modo, siempre había tenido, siempre lo había

acompañado, sin que, por supuesto, pudiera advertirlo más que en el instante en que, sin esperarlo para nada, se había hecho real, podía desaparecer igualmente. Esa realidad todopoderosa e intangible, le dio un nuevo carácter a los portales de la pequeña zona comercial del puerto, en los que se multiplicaban todo tipo de tiendas umbrosas que dejaban escapar los más variados olores y entre cuyos objetos heterogéneos Katina curioseó interminablemente, repasándolos todos hasta que, tal como Luis había planeado, se sentaron ante una de las mesas con cubiertas de mármol de la nevería a tomar un refresco; pero ella sólo le dio unos cuantos sorbos al suyo y se levantó en seguida a ver la serie de postales exhibidas cerca de ellos y en las que se reproducían lugares de la playa y el puerto tomados desde tales ángulos e iluminados con colores tan inesperados que resultaban irreconocibles.

—¿A quién se las vas a mandar? —preguntó Luis con un vago temor, irreconocible también para él mismo, cuando ella regresó a su lugar con un abultado número de postales.

—A nadie —contestó Katina—. Son para mí.

Le dio unos sorbos más a su refresco y antes de levantarse de nuevo agregó:

—Quiero que me compres uno de esos peines enormes que estaban en la otra tienda.

—Son de carey —explicó Luis y cuando lo hubo comprado, ella se lo metió entre el short y la piel, dejando salir una parte de él como si fuera el mango de un cuchillo, sin intentar probarlo, tal como a Luis le hubiera gustado verla hacer, en su negro cabello.

Por la noche, después de que Katina y él habían vuelto a nadar bajo la mirada de sus padres que conversaban sentados en el portal, Katina bajó a cenar con el mismo short blanco y el sostén amarillo, y al terminar la cena, cuando los padres se sentaron a jugar bridge, ella le pidió que salieran a dar una vuelta de nuevo.

—Vamos al cementerio —propuso Luis una vez que estuvieron fuera de la casa.

—No, ¿para qué? —respondió Katina sorprendida—. Me daría miedo.

—Para nada —insistió Luis—. No es un cementerio como todos los demás, está aquí junto y ya no se usa; desde hace mucho. Pero a veces hay fuegos fatuos. Yo los he visto.

—¿Qué es eso? —preguntó Katina.

—Ya lo verás, digo, si tenemos suerte. Ven —contestó Luis excitado.

Ella se dejó guiar sin ningún convencimiento. El cementerio se veía simplemente como un terreno baldío entre unas de las casas de veraneo y un grupo de chozas de paja en la parte posterior de la carretera, pero tenía un enorme almendro en uno de sus lados. Los dos se detuvieron un momento ante la maltrecha reja de tiras de madera que cerraba simbólicamente el terreno cercado por una triple hilera de alambre de púas. Bajo la sombra del almendro, que acentuaba la oscuridad, era casi imposible distinguir el contorno de las tumbas.

—No parece un cementerio —dijo Katina más confiada.

—Ven... —dijo Luis y la guió hacia adentro, aunque ahora él también tenía un ligero temor y había hecho el comentario en voz baja.

La arena cubría las estrechas veredas y aun parte de las

lápidas de tal manera que, si no fuese por algunas descuidadas cruces que sobresalían al adentrarse un poco en el terreno, se tendría la sensación de caminar por la playa. Katina y Luis se dirigieron hacia el almendro, cuya vasta copa era como un punto de referencia. Arriba, el cielo cubierto de estrellas se extendía infinito, no como una bóveda, sino como una apertura sin límites en la que se perdía toda posibilidad de más allá. El olor del mar llegaba hasta ellos, vivo y penetrante, junto con su sostenido murmullo, que cambiaba de ritmo de acuerdo con el movimiento de las olas. Sin embargo, los dos, juntos, al mismo tiempo, tenían la sensación de que se habían alejado de todo inesperadamente, sin pensarlo y esa acción los acercaba hasta convertirlos en una sola persona, de tal modo que uno dependía del otro para sentirse a sí mismo. Bajo la sombra del almendro, el pelo negro de Katina se confundía con la noche. Su mano delgada buscó la de Luis, que sintió el contacto de sus dedos en la palma, pero ella no llegó a completar el movimiento, sino que se mantuvo aparte, como si de pronto ese contacto con él, desde su unión, fuera innecesario.

—Dime qué es eso de los fuegos fatuos —volvió a preguntarle Katina.

—Son unas llamitas que salen sobre las tumbas, como si hubiera una vela. Dicen que es por el fósforo —le explicó él esta vez.

—¿De veras? —dijo ella excitada, con un súbito interés en el que no había ninguna sombra de temor—. ¿Tú los has visto?

—Claro —dijo Luis—. Sólo se necesita que haya bastante sequedad en el ambiente.

Pero, en verdad, él sólo había oído hablar de ellos a algunos de sus primos mayores y en una ocasión había esperado allí mismo inútilmente que aparecieran con uno de sus amigos, conteniendo las ganas de irse sin que ninguno de los dos se atreviera a confesarlo, y en los años anteriores la tentación de ir al cementerio pendía sobre casi todo el grupo de muchachos de su edad a lo largo de los dos meses de luz y de mar que formaban las vacaciones sin que el proyecto llegara a realizarse casi nunca, aunque muchos aseguraban haber sido testigos de la aparición de los fuegos. Sin embargo, esta vez, una pequeña llama empezó a moverse sobre una de las tumbas, como si saliera de la lápida, pero a unos cuantos centímetros sobre ella, y casi al mismo tiempo, más lejos, aparecieron otras dos. Su pequeño fulgor pareció cubrir toda la oscuridad de la noche. Luis y Katina se quedaron inmóviles un largo tiempo, con la vista fija en ellas, como si los tímidos resplandores en movimiento, a punto de desaparecer todo el tiempo, fueran astros resplandecientes que sólo su atención mantuviera vivos.

—¡Vamos hacia ellos! —dijo al fin Luis excitado—. Dicen que te siguen.

—No, espera —contestó Katina, deteniéndolo con el brazo, demasiado asombrada para advertir que él había descubierto su mentira anterior mostrando que era la primera vez que veía los fuegos también, y luego agregó en voz muy baja: —Es muy bonito...

Luis se dio cuenta entonces de que ninguno de los dos tenía miedo. Los tímidos fuegos nacidos de la muerte eran en verdad una forma de vida que su voluntad parecía haber hecho

aparecer y que se unían naturalmente al rumor de la noche creado por el mar y repetían desde su pequeñez el lejano titilar de las estrellas en el cielo abierto. En su asombro, Katina parecía más inocente y niña que nunca y él le pasó instintivamente el brazo por los hombros desnudos, acercándola hacia sí, de tal modo que ella se quedó apoyada contra su pecho, sin mirarlo y sin que él tuviera tampoco plena conciencia de su secreta cercanía y de la dulzura del ligero peso de su cuerpo contra el suyo.

Luego, la llama que se movía apenas sobre la tumba más cercana desapareció en la oscuridad tan súbitamente como se había mostrado y en seguida la más lejana se perdió también; pero la última se mantuvo todavía e incluso pasó de pronto de una tumba a otra, como si brincara, y durante un instante ellos sintieron al mismo tiempo, sin tener que decírselo, que se acercaría a su doble figura, que se unió más aún bajo la protectora copa del almendro; sin embargo, después de ese intento de movimiento, el último fuego se hundió también en la oscuridad. Luis y Katina se quedaron todavía un largo momento en silencio, sin moverse, pero sin saber tampoco lo que esperaban, hasta que ella volvió la cara hacia Luis, buscando su mirada en la noche y dijo:

—¡Qué lástima! Duró muy poco.

Sobre sus palabras, el murmullo del mar llegó con una inesperada fuerza hasta ellos y los dos comprendieron que era inútil seguir esperando. Luis retiró el brazo de los hombros de ella y caminaron hacia la salida en silencio. Sólo cuando estuvieron de nuevo en la carretera Katina comentó:

—No se me va a olvidar nunca, Dwig. Yo no sabía que pasaran cosas así. Me encanta estar contigo.

Y al principio su voz tenía un acento grave, pero la última frase encerraba ya la excitada alegría de siempre.

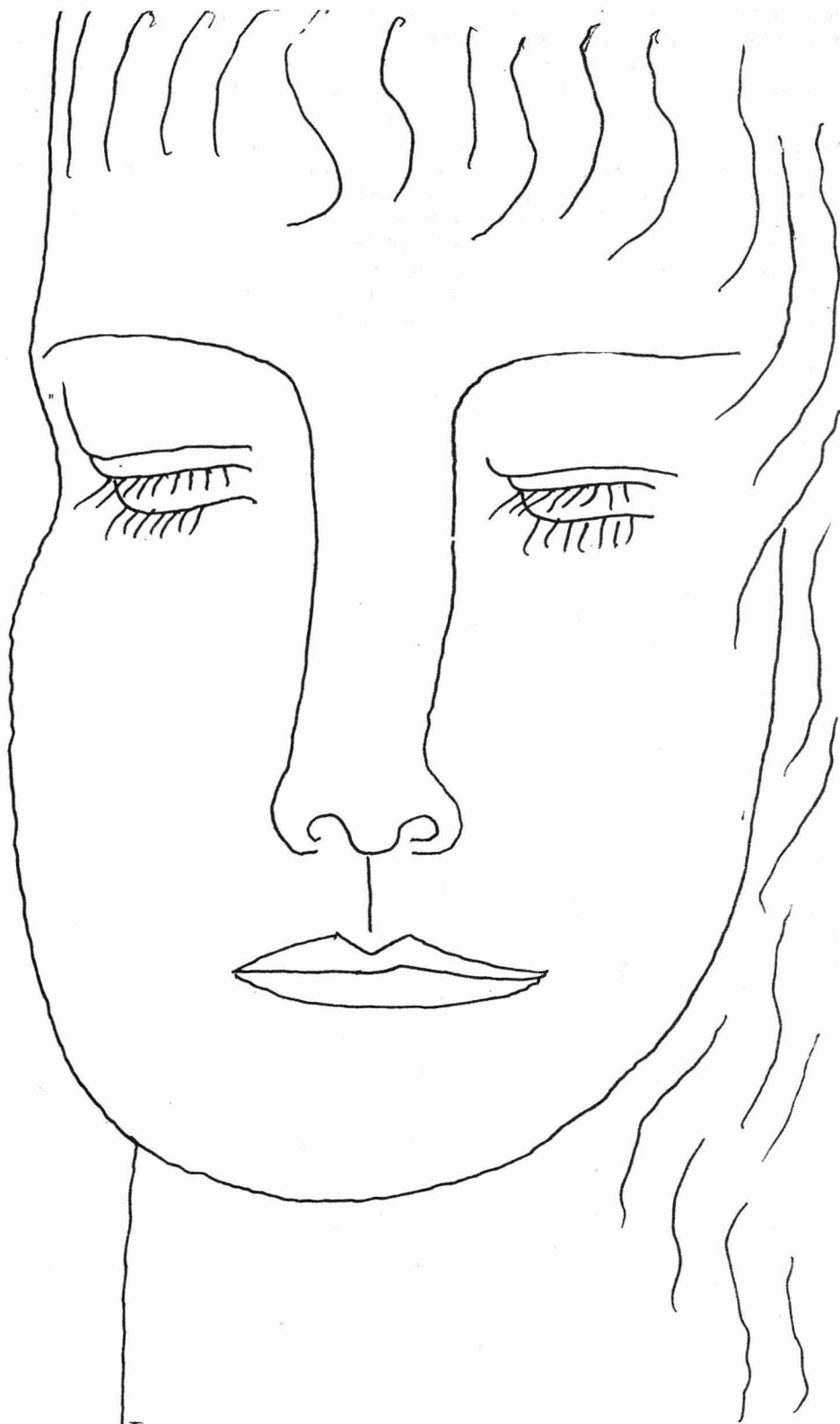
Regresaron corriendo por la orilla del mar, a pesar de que la arena suelta hacía muy pesada la carrera, y al entrar con el aliento entrecortado a la casa, la madre de Luis apartó un instante la atención del juego para preguntarles de dónde venían, pero antes de que terminara, Katina ya estaba hablando excitada con sus padres en alemán, sin detenerse para nada a pesar de su aliento entrecortado y hubo que esperar a que terminara lo que a Luis le pareció una sola, larga, dura y de pronto dulce palabra, para que el padre de ella, después de contestarle, se dirigiera a los padres de Luis en inglés y el padre de él le preguntara de dónde había sacado la idea de ir al cementerio.

—Siempre voy —dijo Luis, turbado.

—¡Mentiroso! —dijo la madre sonriendo; pero Katina seguía mirándolo con una admiración que hizo que su padre la atrajera hacia sí y le dijera al oído algo que provocó que ella lo empujara violentamente.

Luego los mandaron a dormir y la madre de Katina subió con ella hasta su cuarto, pero Luis la tuvo todavía para él toda la mañana siguiente. Katina apareció con un traje de baño tan pequeño como el rojo pero azul esta vez, cuando él había terminado de desayunar ya y llevaba un tiempo interminable esperándola, en traje de baño también. Ella tomó su desayuno sin sentarse casi, ansiosa por salir, sin que Luis pudiera apartar los ojos de su figura delgada, con la piel ligeramente enrojecida por el sol, poniéndose de pie una y otra vez en un continuo intento frustrado por el hambre de apartarse de la

1. L'orient
70-



mesa, pasando los enormes mordiscos que le daba al pan con la ayuda del café con leche, y apenas estuvieron en la playa le pidió que fueran de nuevo al cementerio.

—De día no importa —dijo Luis.

Pero ella insistió y fueron hasta él, aunque, en efecto, bajo la fija luz del sol se veía sólo como un terreno baldío, semicubierto por la arena, con unas cuantas cruces descoloridas y lo único que llamaba la atención era la umbrosa belleza verdeante de la ancha copa escalonada del almendro, plantada a un lado como un único monumento vivo, así que Katina se apartó de él y se volvió hacia el mar, que había amanecido más tranquilo y mucho más transparente que el día anterior, como si hubiera olvidado por completo la experiencia de la noche y ya sólo deseara afirmarse bajo la realidad inmóvil de la ardiente luz del día.

Por la tarde, empezaron a llegar los demás. Eran todos aquellos con los que Luis había compartido sus veranos hasta entonces y entre los que se dividían sus recuerdos, pero ahora su presencia resultaba una invasión perturbadora y molesta del puro instante sin espacio ni tiempo en que se habían convertido los días en compañía de Katina. Los extraños eran ellos, sus amigos y primas y las amigas de sus primas y sus propios primos, todos los que entraban y salían de una y otra casa, incluso la suya, como si éstas fueran una prolongación de la playa y les pertenecieran por igual, de tal modo que en el pueblo entero se perdía cualquier posible intimidad en nombre de un estado de ánimo colectivo que pertenecía, desde mucho antes de que Luis empezara a participar conscientemente de él, al verano y configuraba su especial carácter. Desde la terraza de su casa, echado con Katina en el triángulo de sombra que proyectaba la pared sobre los mosaicos y que los dos habían escogido como su lugar propio desde la tarde en que, ante la indiferencia de Katina, Luis viera con ella el atlas en el que era tan fácil unir sus pasados, los dos vieron ya a los primeros conocidos de él que lo llamaban desde la playa, pidiéndole a gritos que bajara a unírseles.

—¿Quiénes son? —había preguntado Katina.

—Unos amigos —contestó vagamente Luis, consciente ya de que muy pronto sería imposible evitarlos y dándose cuenta, sin poder imaginar la casi continua e insatisfecha irritación que le esperaba, que quería conservar sólo para sí a Katina.

Y ella se guardó para él, pero de una manera que, a pesar de que muchas veces era evidente y Katina trataba de subrayar más aún, él no podía aceptar, incapaz de sentir que le bastaba después de los primeros días de soledad, porque lo que había cambiado era la naturaleza misma de su relación, dejando de ser natural para exigir una intencionalidad que, para la desesperación de Luis, cuando más profundamente nacía de la voluntad de ella de hacerle ver que estaba todavía con él de la misma manera que al principio, sólo parecía subrayar la coquetería que la hacía también tan atractiva para los demás. Y sin darse cuenta de que lo que él buscaba y deseaba y necesitaba, no era que Katina mostrara que lo prefería o aún que era suya, sino que estuviese tan sola y libre como los primeros días, fuera tan dueña de sí misma como lo eran el mar y la playa y las palmeras o el perdido cementerio al que no regresaron.

Era una transformación lenta, pero inevitable y por esto mismo más dolorosa. La noche misma en que las casas de

junto empezaron a estar iluminadas también, sus padres y los de Katina cenaron con unos tíos de Luis y junto con ellos vinieron las dos primas de él. Más que a los muchachos o por lo menos tanto como a algunos de ellos, Katina despertaba la curiosidad y el interés de las muchachas, que se disputaban su compañía y hacían más difícil que Luis estuviera cerca, porque hasta entonces los grupos entre ellos, a diferencia de lo que ocurría con los que ya eran mayores, siempre se dividían en dos partes y buscar la compañía de las niñas era un signo que no pasaba nunca inadvertido para los demás y que todos trataban de evitar con sus burlas e insinuaciones maliciosas, como si no quisieran que se rompiera la homogeneidad del conjunto. Y en esto Katina no parecía ser diferente a los otros, sino que se perdía alegremente entre sus nuevas amigas hasta hacerse inalcanzable para Luis, que sólo podía seguirla a distancia, esperando continuamente algún signo de reconocimiento que algunas veces no llegaba nunca o que, al contrario, era tan obvio que él tenía que fingir, ante los que hasta entonces fueran tan fácilmente sus amigos, que no tenía importancia. Y sin embargo, en esas condiciones, Katina estaba más presente aún y era más real que durante aquellos perdidos primeros días en que con tanta facilidad los dos habían parecido simplemente formar una nueva unidad.

Katina salía del mar de pronto para alcanzarlo cuando él iba caminando por la orilla con alguno de sus amigos, obligarlo a detenerse y poner su pierna junto a la de él para dejar la huella de sus pies marcada sobre la arena húmeda.

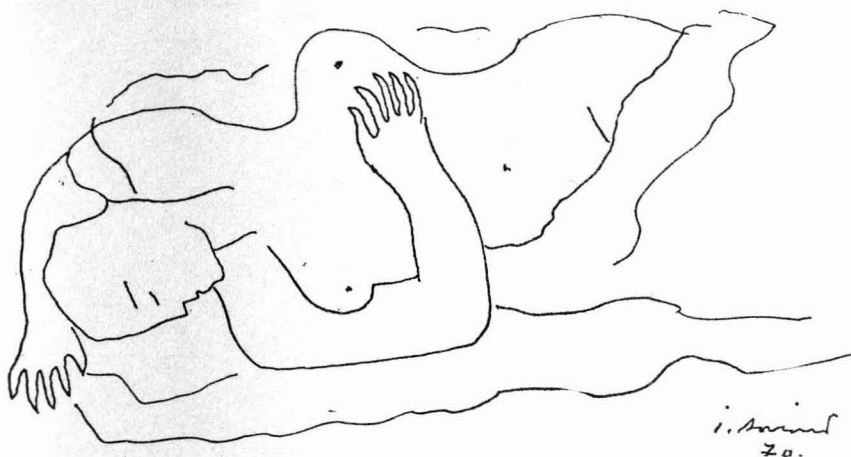
—¿Ves? —decía—. Son del mismo tamaño.

Y los dos se quedaban uno junto al otro, viendo las huellas semejantes mientras los amigos de él esperaban, mirándolos sin entender qué pasaba hasta que una ola más fuerte que las anteriores borraba el dibujo de las huellas.

—No importa —agregaba Katina—. Nosotros ya sabemos que son iguales.

Pero alguna de sus nuevas amigas estaba ya también junto a ella y los dos tenían que separarse.

Sin embargo, luego, con algunos de los padres de esas mismas amigas y de los amigos de él, una parte numerosa del grupo, demasiado numerosa para los dos coches de que se disponía, se iban por la tarde, después de que los mayores hubieran dormido su siesta, hasta alguno de los pueblos vecinos de pescadores, por la carretera que avanzaba casi a la orilla del mar. Él y Katina, que no habían puesto la suficiente atención a la hora de la salida, se encontraban de pronto en coches diferentes, pero apenas se detenían, desperdigándose por la playa, caminando por los rústicos, pequeños muelles de pilotes y tablones de madera, lamidos suave, rítmicamente por el continuo movimiento de ida y vuelta del mar, los dos se buscaban, con la abierta necesidad que durante todo el trayecto los había hecho esperar tan sólo el momento en que volverían a estar juntos, y a la hora del regreso, al subirse a los coches, ignorando la confusión que provocaban, él lograba quedar sentado al lado de Katina. Apretado con cuatro o cinco muchachos más en el asiento trasero, Luis sólo era consciente de que el hombro de Katina se apoyaba en su pecho y su pierna izquierda seguía cuidadosamente unida la posición de la derecha de ella, mientras la última luz de la tarde se perdía a su alrededor, dejándolos con la intimidad de su contacto secreto en la semioscuridad, atentos sólo a él y envueltos por el pene-



trante olor del aire salado que entraba por la ventanilla abierta del coche, revolviendo el suave pelo de Katina, que se lo apartaba de la cara una y otra vez, haciendo siempre al final una ligera presión con su brazo sobre el pecho de Luis.

Igualmente, iban todos juntos a pasar el día, siempre vigilados por una o dos parejas de padres, a alguna de las playas retiradas, donde las olas eran más fuertes. Katina se hacía más inaccesible entonces, perdiéndose entre todas las demás muchachas, mientras él tenía que mostrar una cierta fidelidad al grupo de los hombres. Pero luego, ellos intentaban meter de nuevo al mar un enorme tronco que las olas habían empujado hasta la playa. Luis, atento tan sólo a medias a la tarea, buscando aun sin darse cuenta la figura con el bikini rojo de Katina, se hacía una larga y estrecha raspada con una de las salientes que formaban las desaparecidas ramas del resbaladizo tronco al no advertir en verdad que ya habían conseguido meterlo de nuevo al mar y las olas lo movían de un lado a otro. Enseguida, Katina estaba a su lado, preocupada como si fuera una herida verdaderamente importante, limpiando con la mano la sangre que no dejaba de fluir y untándose la instantivamente en sus propias piernas, así que, luego, los dos tenían que meterse al mar juntos para limpiarse en verdad. Después, Katina se sentaba junto a él a la hora de la comida, se comía la mitad de un sandwich y le daba el resto a Luis, tomaba la mitad de un refresco y le pasaba la botella a él, deteniendo un fugaz instante sus ojos azules en los de Luis o permitiendo que la mano de él se quedara claramente un momento sobre la suya al tomar la botella del refresco.

—Todo por la mitad —decía ella muy rápido, sin atreverse a sonreír casi.

Y para Luis en esa rapidez, en esa sonrisa que apenas se insinuaba, aparecía el peso de todos los demás, aumentando la necesidad de tenerla a solas, haciéndole dudar, de una manera que, a veces, de pronto, Katina parecía empeñada en hacer más profunda.

Ella salía de su cuarto, por la noche, abriendo la puerta justo en el momento en que él se disponía a entrar al suyo de regreso de la casa de alguno de sus amigos.

—¿Fuiste al cementerio? —le preguntaba.

—No —decía él—. Allí sólo voy a regresar contigo, te lo prometo. Y tú ¿qué hiciste?

Katina estaba vestida ya para dormir, con un camión cerrado hasta el cuello, pero sin mangas y que le dejaba desnudas por completo las piernas, acentuando el color definitivamente dorado que había tomado toda su piel y que hacía más azules aún sus ojos, y bajo la mirada de él tardaba un momento en responder:

—Nada. Cené en casa de tus primas y después todas se pusieron a hablar de ustedes.

—Y tú ¿qué dijiste? —se atrevía a preguntar Luis.

—Yo no hablé —contestaba Katina y para mayor felicidad de él agregaba todavía—. Vamos a la terraza.

Entonces se echaban de nuevo sobre el piso, con la espalda pegada a la pared, bajo la ventana de la habitación de ella, escuchando sin saber qué decirse el rumor del mar, hasta que Luis, incapaz de guardar para sí la terrible melancolía cuyo origen no le interesaba explicarse, se decidía a comentar:

—Me gustaba más cuando estábamos solos.

Katina dejaba pasar un interminable momento durante el cual hasta el golpe de las olas parecía detenerse.

—Creo que a mis papás les pasa lo mismo —se escapaba luego, sin ningún motivo, por el puro gusto del juego tal vez, pero impidiendo definitivamente que él, lleno de furia ahora, tratara de decir más.

Esa misma furia, que lo hacía desear apartarse para siempre, reaparecía cuando los dos lados opuestos pero paralelos del grupo nadaban confundidos para subirse a la misma lancha o se reunían bajo la misma sombrilla y Luis veía que alguno de sus amigos ayudaba a subir al bote a Katina, recibiendo la misma mirada con que lo veía a él a veces, o ella conversaba con otro, contándole cosas de su vida en Alemania que a él no le había dicho. Así, en la sala abierta hacia la playa de la casa de una de las muchachas, donde seis o siete de ellos habían entrado a tomar un refresco con la misma libertad con que se entraba a cualquiera de las casas conocidas, mojados todavía por el agua de mar y dejando en el piso la arena que se les había pegado a los pies, le oyó responder a la pregunta de uno de ellos sobre por qué tenía el pelo negro si sus padres eran rubios, que su abuela había nacido en Brasil de madre alemana y padre brasileño mientras se echaba precisamente el pelo negro hacia adelante para que le cayera sobre los hombros a ambos lados del cuello y Luis sentía que era una ofensa que le diera a la curiosidad de los demás algo que él no supiera ya. Luego, mientras los dos comían con sus padres, le preguntó de pronto, después de haber guardado silencio todo el tiempo, como si la pregunta saliera de muy adentro y le costara un esfuerzo hacerla:

—¿Y dónde está ahora?

Katina lo miró interrogativamente, sin entender de qué estaba hablando.

—¿Quién? —dijo luego.

La madre de Luis lo miró también, atenta a la conversación, y él enrojeció, pensando que quizá no había entendido bien la explicación de Katina porque durante ella había fingido que no estaba escuchando, y agregó con dificultad:

—Tu abuela, la brasileña. . .

—Ah, ella —dijo Katina—. . . Está en München, vive con una de mis tías. Pero no es brasileña. Sólo vivió allí un año. Ni siquiera habla brasileño.

—Portugués; en Brasil se habla portugués —la corrigió Luis irritado, cada vez más consciente de la atención de su madre.

—Es lo mismo. A mí no me interesan esas cosas. Tú me entiendes a mí ¿no? —contestó Katina.

—Quién sabe —dijo Luis y se sintió obligado a insistir para afirmar su razón y, oscuramente, para molestarla a ella—. ¿Y tu bisabuelo?

—Murió al año de nacer mi abuela. Por eso regresaron a Alemania. Es un lío: yo no sé nada de eso —contestó Katina.

—La estás molestando, Luis. Ya no hagas más preguntas —intervino entonces la madre de él.

—No, no la estoy molestando —dijo Luis; pero ya no habló más durante la comida y evitó las miradas tanto de su madre como de Katina, poniendo toda su atención en el plato, seguro de que su madre estaba hablando de él en inglés con los padres de ella.

Al terminar, se levantó de la mesa antes que nadie y se

encerró en su cuarto, furioso y avergonzado, con la furia alimentando su vergüenza y la vergüenza su furia. Un momento después, Katina llamó a su puerta. Traía puesto todavía el bikini rojo con el que había comido, con los tirantes del cuello sueltos cayendo hacia adelante, y se estaba peinando con el peine que él le regalara.

—¿Estás enojado conmigo? —dijo apenas él abrió la puerta, entrando al cuarto sin dejar de pasarse trabajosamente el peine por el largo pelo enredado.

—Claro que no —dijo Luis, sin disimular su desprecio.

Ella lo miró un instante buscando los ojos de él con toda la oscura profundidad de su mirada azul, sin dejar de peinarse, y luego le dio un rápido beso en la mejilla.

Sin darse cuenta de lo que hacía, en vez de dejarla apartarse, Luis la tomó de la muñeca y la atrajo hacia sí. Ella no opuso ninguna resistencia y entonces él la abrazó por completo, sintiendo en sus manos, como si a través de ellas reconociera el sabor del mar y algo que no se parecía a nada, que resultaba superior a todo y que era la piel de Katina, su espalda delgada y el tirante de su bikini, mientras sus piernas se pegaban a las de ella. Luego, buscó su boca hasta encontrar, pasando antes por su pelo ligeramente endurecido por el agua salada, sus labios delgados y en ese momento muy secos, que, aunque ella no había respondido a su abrazo, sino sólo se dejaba hacer con los brazos caídos y el peine en la mano todavía, se abrieron al contacto con los suyos y la frescura de la lengua húmeda de ella entró a la boca de él, hasta que los labios de ambos estuvieron mojados también y Luis, recibiendo su lengua o metiendo la suya en la boca de ella, sintió que nunca terminarían, sino que se quedarían así para siempre, sin pensar en nada, con sus dos cuerpos convertidos en uno solo a través de sus bocas. Sin embargo, Katina no levantó en ningún momento los brazos para responder al abrazo de Luis y al fin separó los labios y escondió la cabeza en el cuello de él, sin desprenderse de su abrazo, como si fuera incapaz de hacer otro movimiento.

—¿Te habían besado antes? —preguntó Luis, sin pensar en lo que decía, desde la ausencia de sí mismo en que lo había sumergido la cercanía de ella.

—Sí —respondió ella y un instante después, incapaz todavía de apartar la cara de su refugio en el cuello de él, agregó: Pero no me gusta.

Sólo entonces se desprendió, como si se le escurriera de entre las manos, del abrazo de él y Luis pudo verla a unos cuantos pasos de distancia del cuerpo que él era incapaz de sentir como suyo, perdido en ese vacío sin límites desde el que parecía imposible regresar a la realidad del cuarto, increíblemente cercana y distante en su diminuto bikini rojo, con sus piernas y sus brazos largos y delgados, dorados como su vientre y su cara por el sol, con su pelo negro cayendo esta vez hacia adelante sobre uno solo de sus hombros y sus ojos azules muy abiertos, mirándolo no a él, sino más allá de él, a través de él, intocable de pronto y sin embargo, presente de tal modo que no existía más que ella y a su alrededor, ante la desaparición de todos los cuerpos sólidos, tan sólo se hallaba la luz.

Katina lo miró sin verlo, como si buscara en él algo que no podía encontrar pero de lo que sólo él podía ser el depositario, condenándola por tanto a seguir buscándolo en él y sólo

en él, y después dijo:

—Ya le pregunté a mi padre. Mi bisabuelo también era medio alemán, pero se llamaba da Silva.

Luego, antes de que Luis tuviera tiempo de contestar, como si supiera que era imposible que dijese nada, salió del cuarto.

Todavía faltaban casi tres semanas para que terminaran los dos meses tradicionales de vacaciones. El mar estaba tan tranquilo y transparente que sólo parecía existir para que la luz jugara sobre el blanco fondo de arena poniéndola en movimiento al obedecer en su viaje hacia él el ritmo delicado de las olas y el cielo era un puro vacío deslumbrante, sin ninguna sombra, en el que ni siquiera se podía distinguir el sol, de tal modo que éste también se ocultaba bajo su propia luz. En tanto, después de ese único beso, la unidad de Luis y Katina parecía haber entrado, sin que la voluntad de ellos interviniera ni fuese capaz de cambiarla, a otra dimensión. Estaban más cerca uno del otro, pero ahora de una manera secreta, que hacía sentir a Luis más lejos que nunca al convertir a Katina en algo impenetrable que, sin embargo, parecía estar una y otra vez en el límite que la llevaría a abrirse para siempre, pero sin que él supiera cómo traspasar ese límite al tiempo que la furia que lo acometía de pronto se interponía entre él y sus propios deseos. Katina fingía que todo seguía igual y Luis, a veces, cansado, adoptaba esta misma actitud; pero nada era cierto. Y ahora, además, cuando resultaban más intrusos que nunca, la presencia de los otros, al hacer que su propia necesidad de la cercanía de Katina, del contacto con la piel y los labios de Katina, de la entrega de Katina, apareciera como un atributo de ellos también o que, al menos, el colocaba en ellos, sin que le interesara desentrañar cuál de las dos cosas era la verdadera, resultaba más intolerable que nunca y lo hacía dividirse entre una inevitable fidelidad al recuerdo de tantos veranos pasados que lo obligaban a sentirlos sus amigos, parte y realidad de su propio mundo, y el irreprimible deseo de que todos desaparecieran ya, dejándolo a él con Katina, libres en ese puro centro sin espacio que habían creado entre los dos.

Jugaban, por ejemplo, dentro del mar a los combates a caballo. Dos muchachas se subían a la espalda de dos muchachos, rodeándoles la cintura con los muslos, que ellos, a su

1. Amm
70.



vez, mantenían pegados a su cuerpo sujetándolos con las manos y cada jinete trataba de derribar de su montura a la contraria, luchando por sumergirla en el agua hasta que tuviera que desprenderse de ella. Muchas veces, el combate era tan parejo que duraban un tiempo interminable. Las parejas se acercaban y se alejaban, giraban una alrededor de la otra, se trenzaban tirando del contrario y el enemigo lograba zafarse gracias a la habilidad de la cabalgadura o a su propia capacidad de resistencia para permanecer bajo el agua, mientras su caballo trataba de apartarse cuando ya todo parecía perdido, y luego, con una alegre risa de triunfo, intentaba a su vez ser la que llevaba la ventaja en el ataque; y en muchas ocasiones Luis era la cabalgadura de Katina y Katina la jinete de Luis. Entonces, la atención que había que poner en la pelea se mezclaba con la aguda conciencia y el perturbador placer que la acompañaba, de tener entre sus manos las deliciosas piernas de Katina y su cuerpo pegado a su espalda, al tiempo que uno de los brazos de ella se sujetaba a su cuello, rodeándolo en los momentos difíciles de la pelea hasta casi hacerle daño y sus risas y su aliento entrecortado resonaban tras de él, y todo esto le hacía sentir con tanta intensidad su cercanía, el placer de cada uno de los contactos del cuerpo de ella con el suyo, que el propósito directo del juego se perdía por completo en la bruma de sus emociones, aunque no dejara de ejecutar con toda la habilidad de que era capaz cada una de las acciones que éste requería, mientras en su interior no cesaba ni un momento de preguntarse hasta qué punto ella sentiría igual que él esa unión de sus cuerpos y cuáles de entre todos los contactos y presiones más fuertes, además de estar provocados por las exigencias del juego, tendrían también la intención, por parte de ella, de aumentar esa unión, hasta que la doble unidad formada por él y Katina salía vencedora, o, lo que quizá era más agradable aún, se veía obligada a disolver su abrazo en la confusión que debajo del agua creaba para ellos el triunfo de los contrarios, de tal modo que tanto Katina como él parecían querer mantener ese abrazo más allá de toda posibilidad, más allá de los límites que les imponía la necesidad de volver a la superficie, a pesar de que, en ella otra vez, muchas veces, Katina le tiraba de nuevo los brazos al cuello y lo abrazaba, pero ahora de frente, riéndose feliz, como si la derrota fuera también un triunfo, y con su cuerpo mojado pegado al de ella, sintiendo sus brazos delgados alrededor de su cuello, él no se explicaba cuándo se rompía el impulso de perderse para siempre en ese abrazo y se encontraba de pronto de nuevo lejos de ella, separado ya y en el vacío. Pero entonces también, en otras muchas ocasiones, después de esos momentos de absoluta inconsciencia en medio de la felicidad, Katina se trepaba de inmediato a la espalda de otro muchacho y tanto si le tocaba ser el enemigo como presenciar tan sólo la lucha, Luis, con una desesperación y una impotencia totales por su imposibilidad de saber hasta qué punto sus temores de que Katina tuviera con los demás las mismas actitudes que con él y el otro estuviera recibiendo en ese instante las mismas presiones secretas, los mismos contactos buscados que él creía percibir cuando la tenía unida a su espalda, se perdía en sentido contrario, centrándose por completo en su separación de Katina y su soledad, con una ignorancia tan impenetrable del verdadero carácter de sus sentimientos y sus sensaciones

que, en medio de la furia y sus impotentes reproches a sí mismo por la posible, y tan deseada, injusticia de sus sospechas, la realidad inmediata de las acciones y aun del mundo que lo rodeaba se perdía igualmente para él. Y este estado de ánimo se repetía en las ocasiones más inesperadas y por los pretextos menos previsibles. Bastaba a veces con que él pasara cerca de la orilla esquiando y al volverse hacia la playa entreviera apenas a Katina conversando bajo la sombra de alguna de las sombrillas con alguno de sus antiguos amigos o que, de pronto, cuando ella nadaba hacia alguna de las lanchas ancladas cerca de la playa, alguno de ellos la siguiera y los dos terminaran subiéndose juntos al bote, mientras Luis se debatía entre su deseo de unirlos y la voluntad de permanecer aparte y que fuese Katina la que se le acercara, aunque tampoco podía dejar de pensar que tal vez ella quería que estuviese allí, a su lado, en ese bote inalcanzable y entonces la ira se volvía contra su incapacidad para realizar el aparentemente fácil y natural movimiento que lo pondría junto a ella y hasta quizá le daría la satisfacción, incomunicable de tan difícil y maravillosa en la espera y tan natural en la realización, de pedirle, como tantas otras veces, que se echaran juntos al mar de nuevo, con lo que él sacaría de pronto la cabeza del agua para encontrar la de Katina a unos cuantos metros, enmarcada por el pelo negro, con la punta de las largas pestañas y el perfecto arco de las cejas brillando con las gotas de agua, o esperaría su aparición en ese punto en el que el mar encontraba a través de la presencia de ella toda su verdad. Pero tal vez los momentos peores, los más inciertos, los más terribles y los más gozosos después de aquel primero y único beso que ya parecía casi soñado en su irreal realidad, se presentaban cuando los dos estaban solos. Era el atardecer y Katina estaba en la terraza del segundo piso con algún ligero vestido cuya falda agitaba la brisa en igual forma que su pelo negro, o con shorts y alguna de sus blusas sin mangas o hasta en uno de sus minúsculos trajes de baño todavía, tan distintos para él a los de todas las demás muchachas, inclinada sobre la barandilla con los codos apoyados en ella, los brazos extendidos hacia adelante y las manos entrelazadas, inmóvil entre la luz que se hacía cada vez más delicada y la brisa, como una estatua viva que encerrara en su misteriosa fragilidad toda la belleza del mundo que la rodeaba, mientras sus ojos azules se perdían en la cambiante extensión sin límites del mar, mirando como el sol se retardaba sobre el horizonte, no menos inalcanzable que ella, y Luis que la había visto aparecer desde su cuarto y detenerse en el sitio preciso en que su mirada podía abarcarla por completo a través del marco de la ventana, salía también y se quedaba justo detrás de ella, sin llegar a tocarla, pero tan cerca que su pelo agitado por la brisa rozaba de pronto la cara de él, y mientras Katina ignoraba o fingía ignorar su presencia, él podía sentir como si estuviera tocándolo la cercanía del cuerpo de ella, venciendo sin poder explicarse por qué el impulso de abrazarlo, respirando su olor, seguro a veces de que en su inmovilidad ella estaba consintiendo su cercanía y su cuerpo encerraba y vencía la misma tensión que el de él, hasta que Katina se volvía poniendo su cara tan cerca de la de Luis que sus facciones se borraban y decía:

—Mira el sol antes de que se pierda.

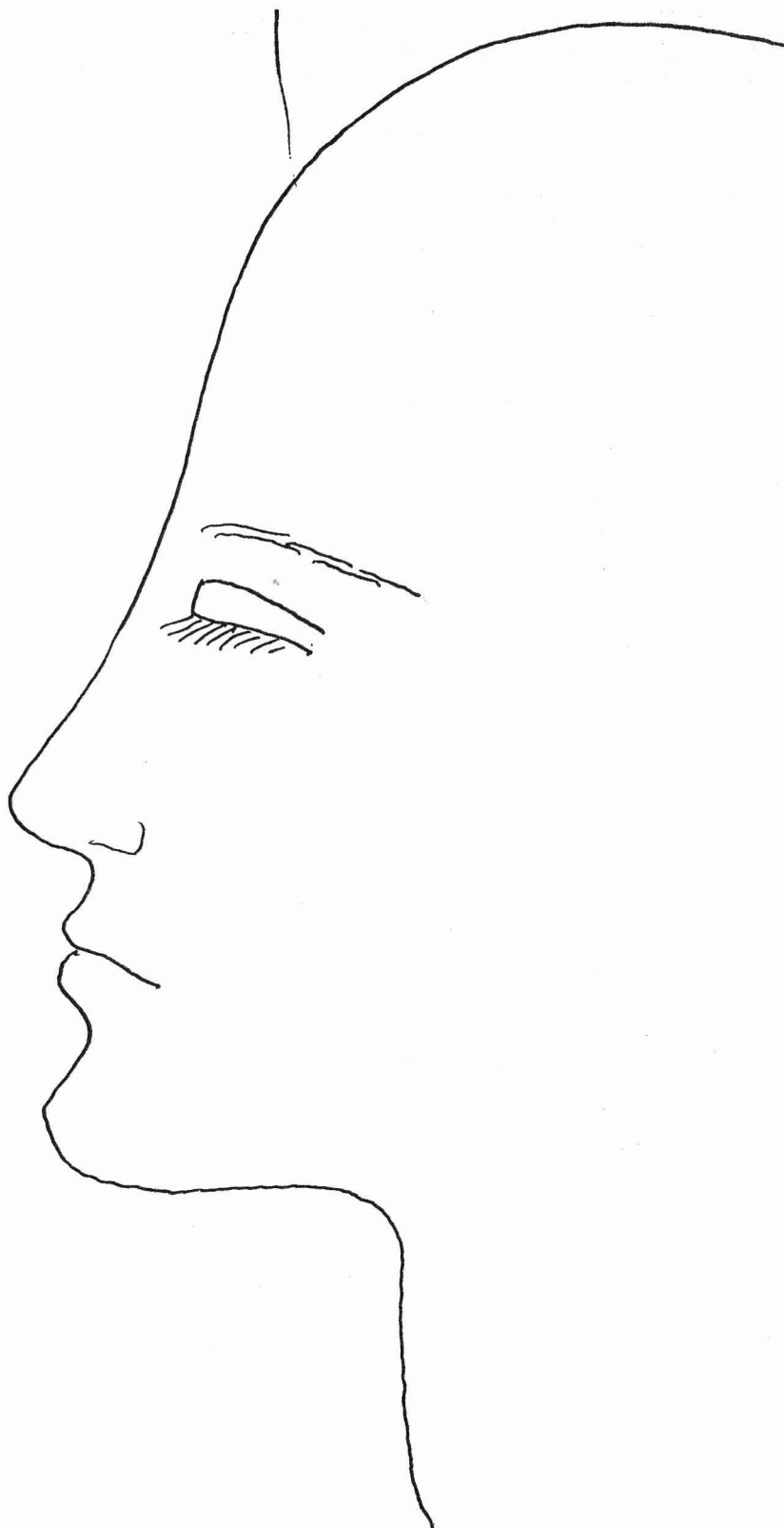
O simplemente:

—Dwig, no sabía que estabas detrás; ponte aquí a mi lado. Entonces él imitaba su posición y el brazo desnudo de ella se unía al suyo desde el extremo de las manos entrelazadas hasta el hombro, pero sin que el contacto pudiera dejar de parecer casual, como podían parecerlo igualmente los encuentros continuos de sus hombros mientras en la noche caminaban uno al lado del otro a la orilla del mar o por la carretera, de regreso de casa de alguno de los amigos o las amigas o los parientes de Luis, que ya le pertenecían también a ella, solos al fin, pero sólo para que Luis entrara a ese distinto terreno de las dudas que creaba su soledad, pensando, aun cuando estuviese hablando al mismo tiempo de cualquier tontería, que ella había dicho que ya la habían besado antes, pero no le gustaba, sin poder saber si esa falta de gusto incluía el beso de él, hasta que llegaban a la casa y después de besar a sus padres y de saludar a las visitas si las había, siguiendo la costumbre que Katina había establecido, subían a sus cuartos y en el eterno instante que precedía a la separación hasta el día siguiente y que para Luis siempre parecía ser el último de que disponían, Katina lo miraba a los ojos y él miraba los ojos de Katina, seguro de que se arrojaría a sus brazos, pero para encontrar sólo que ella se salía finalmente del vacío que los circundaba con un rápido “hasta mañana”.

Sin embargo, cuando él buscaba hacer evidente su interés y su necesidad de ella manteniéndose cuidadosamente aparte, Katina empleaba sin excepción toda su fácil naturalidad para traerlo otra vez a su lado, como si en ella no existiera ningún conflicto y simplemente tuvieran que estar juntos porque así lo habían estado desde el principio. Ésa era su manera de acercarse aun cuando él estuviera solo con sus amigos y ninguna mujer los acompañara y en ella no se disimulaba en ningún momento la voluntad de estar con Luis, solamente con Luis entre todos; pero dentro de la felicidad de él en esos momentos no había ninguna posibilidad de intimidad, precisamente porque Katina lo hacía todo de una manera tan directa, tan abierta a la naturalidad de una entrega que no era entrega porque parecía anterior a ellos, los convertía en una especie de hermanos o algo más que hermanos aún, el reflejo de una única figura que de pronto se había hecho doble y de la que lo único que podría causar extrañeza es que hubiese alguna diferencia entre ellos, de tal modo que ella se echaba sobre su espalda, pasándole los brazos por el cuello como cuando jugaban en el mar, o lo tomaba del brazo y caminaba junto a él adaptando el ritmo de sus pasos al suyo, apoyando la cabeza en su hombro de tal manera que su pelo quedaba sobre la cabeza en su hombro de tal manera que su pelo quedaba sobre la boca de él y Luis respiraba junto con el aire salado la fragancia incomparable de ese puro misterio negro y encosa o siguiendo el llamado de alguno de los que de nuevo eran amigos de Luis pero por eso mismo resultaban más intrusos que nunca, dejándolo con el eco de su cercanía formando una presencia tan fuerte que Katina parecía haberse apartado sin dejarlo y él seguía sintiendo el peso de su cuerpo junto al suyo, en el suyo, al tiempo que su mirada vigilaba el cambiante dibujo que la figura de Katina no iba dejando en el espacio, sino que, milagrosamente, recogía por completo sobre sí misma, como si todos sus movimientos, tan rápidos y nerviosos muchas veces, tan alocados y exteriormente sin sentido fueran

parte de una sola imagen, ajena al tiempo y al espacio, que encontraba inevitablemente su propio equilibrio en la inaprehensible belleza de cada una de sus partes, centradas en un determinado instante, que se perdía en el siguiente antes de llegar a hacerse concreto, en el sonido terso e inexplicable de su risa, en la grave profundidad en la que alguna de sus continuas exclamaciones de entusiasmo, sorpresa o alegría encerraban la tesitura de su voz de niña todavía y sin embargo absolutamente suya y personal, o en la inclinación de su rostro echado hacia un lado, subrayando la interminable curva de su cuello, cuya piel, bajo la que jugaban las venas, apenas parecía cubrirlo antes de que se perdiera en el trazo de sus hombros, o en el movimiento de sus largas piernas y sus delgados brazos, cuyos desplazamientos se mostraban como si fueran siempre paralelos aun cuando ejecutaran acciones a través de las cuales pareciera imposible encontrar el motivo que los hacía obedecer a un solo impulso nacido de la indestructible totalidad de ella como figura, esa totalidad de la que la suma de sus facciones en la cara, con el profundo y al mismo tiempo suave hundimiento de las mejillas bajo los pómulos salientes, el arco de las cejas abriendo y marcando el recto trazo de la amplia frente, la apenas angulosa línea de la quijada y, en el centro, los ojos azules fijos siempre en el asombro y el deslumbramiento, la nariz recta y la boca delgada anticipando sin que pudiera saberse por qué la posibilidad de una sonrisa, era la evidencia de una perfección total de la que, para maravilla de Luis, ella nunca parecía ser consciente, ni cuando sus actos le hacían pensar a él que estaba dándosela por completo, ni cuando, sin que nada hubiese cambiado exteriormente, parecía estar a una distancia inalcanzable, haciéndose tan remota en su engañoso alejamiento como la línea del horizonte, que en realidad no marcaba el fin ni el principio de nada. Y de igual manera, cuando estaba en la casa de Luis, con un impudor que a él lo turbaba muchas veces, obligándolo a preguntarse si detrás de las acciones de Katina no se ocultaría el propósito de ponerlo en ridículo ante los padres de ambos, ella, de cuya figura él no podía apartar la mirada, como si toda la realidad de la casa se sostuviera sólo gracias a su presencia, llevaba hasta un extremo, que hasta entonces Luis pensara inimaginable, mientras esperaban antes de sentarse a la mesa o cuando él bajaba de dormir la siesta, las muestras de cariño con su padre, sentándose con su minúsculo traje de baño sobre sus piernas, hablándole casi al oído en alemán, riéndose con una rara complicidad, metiendo la mano entre su pelo rubio para acariciarlo despeinándolo al tiempo que lo besaba una y otra vez en las mejillas, en el cuello, en el pecho, hasta que el padre, con una exclamación incomprensible para Luis pero que por su tono debería ser al mismo tiempo de cariño y de rechazo, se ponía de pie con ella en sus brazos, levantándola en vilo para dejarla enseguida sobre el piso, igual que se deja un animal cuyas pruebas de cariño gustan y molestan al mismo tiempo, sólo para que Katina se dirigiera directamente hacia Luis, que había estado fingiendo que miraba hacia otra parte o que ocultaba su interés tras las páginas desplegadas de algún periódico, y haciendo a un lado de un manotazo ese periódico o anunciándole con un ligero gritito su llegada, se sentara igualmente en las piernas de él, ante la mirada sonriente de los padres de los dos, apoyando como tantas otras veces delante

1. Primer
70.



de los amigos de Luis, la cabeza en su hombro y obligándolo, mediante el sencillo recurso de tomar sus brazos y dirigir sus movimientos, a abrazarla, mirando con una sonrisa de falso desprecio a los padres, que hablaban en inglés, seguramente de ellos, pensaba Luis, y diciendo en voz muy alta:

—No los necesitamos ¿verdad?

Sin que Luis, dividido por completo en dos partes contradictorias por la turbación y el placer, fuera capaz de decir nada, aunque la mirada que trataba de ser cómplice de sus padres pero él era incapaz de interpretar, le hacía sentir que debería encontrar las fuerzas que le permitieran reírse también y tratar a Katina con el aparentemente rudo cariño con que acababa de ver que lo hacía el padre de ella. Entonces era Katina la que se apartaba de él, dejando sus piernas con la misma naturalidad con que había permitido que su peso inevitable descansara en ellas, confundiendo en un contacto único su piel con la de él, y la repentina ausencia de ese contacto con su piel, de ese peso sobre él, ingrátido en el momento en que lo tenía encima e intolerable en su desaparición, era superior a cualquier turbación que pudiera experimentar y lograba que la presencia de los padres desapareciera por completo.

Pero así, suspendido en la más alta fascinación, durante esas últimas semanas en las que la gente, los demás, los otros, empezaban a regresar a la ciudad poco a poco, haciendo que las casas de verano volvieran a mostrarse en un número cada vez mayor cerradas y silenciosas, aparte de los que todavía gozaban, formando parte de ellos, del mar, de la playa y de la luz que lo encerraba todo, Luis no podía dejar de sentir, sin poder ni siquiera pensar en que esta existencia debería tener un fin, que su exasperación cada vez mayor y los bruscos rompimientos entre la unión más absoluta y la separación más inexplicable con Katina lo mantenían en un estado que cada día resultaba más por encima de sus posibilidades de comprensión y de dominio, despertando los más inesperados ataques de furia e incertidumbre, de furia nacida de la incertidumbre y de incertidumbre provocada por la inexplicable sin razón de su furia. Dentro de ese estado, con el único consuelo del conocimiento de que Katina y sus padres se quedarían todavía en la casa durante un tiempo cuyo límite no se había fijado, lo que le permitía considerarlo simplemente interminable por la misma razón que le impedía recordar que existía o debería existir en su memoria una época anterior a la llegada de ellos, alcanzó finalmente el momento esperado la mayor parte de las veces, roto sólo por las ocasiones en las que Katina se mostraba como si fuera una sola y la misma persona con él delante de ellos, y otras temido, en que, con excepción de unos cuantos que sólo podían considerarse conocidos y por tanto estaban aparte, todos sus amigos habían regresado ya a la ciudad. La tarde de ese día estuvo marcada por las despedidas y el continuo ruido de los coches en la carretera, y por la noche Luis y Katina fueron invitados a cenar a la casa de las primas que irrumpieron en la de él un día que parecía ya increíblemente lejano. Desde el principio, Katina y sus primas establecieron una especie de complicidad entre mujeres que durante toda la cena hizo sentir a Luis aparte, sin lugar y un tanto ridículo, obligándolo casi a pensar con nostalgia en la compañía de sus amigos. De pronto, sin dejar de estar presente en la continua admiración de Luis, en ese momento que

debería señalar el esperado retorno a su soledad de dos, Katina resultaba estar más lejos que nunca, cayendo en la indignidad de confundir su presencia con la de las primas, haciéndose casi igual a ellas. Luego, al terminar la cena, las primas encontraron un pretexto para subir a su cuarto en vez de que todos salieran a caminar por la playa como había propuesto Luis. Él encontró que como hombre le era imposible acompañarlas a ver una idiotez tal como la ropa que sólo podía interesarle a las mujeres y dijo malhumorado que las esperaría en el portal, a pesar de la súbita intensidad con que la mirada azul de Katina clavada un instante en sus ojos pareció pedirle que subiera.

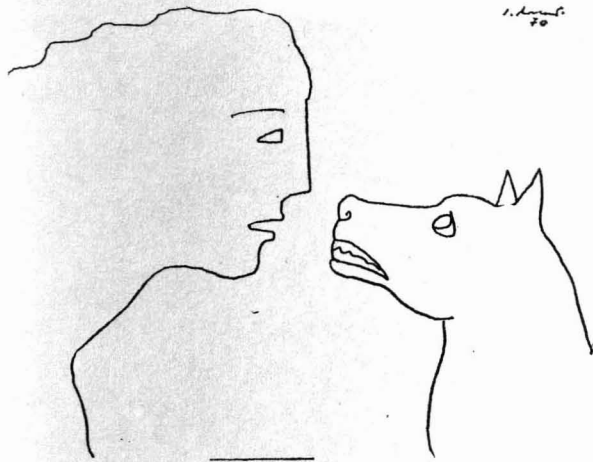
Los padres de sus primas se habían ido a cenar a su vez a la casa de él y Luis salió al portal más enojado aún porque la mirada de Katina parecía encerrar como siempre la promesa de una felicidad que nunca se cumplía. Se sentó, rodeado por la oscuridad, en una de las mecedoras del portal, siguiendo sin darse cuenta con el balanceo de la mecedora el marcado ritmo del movimiento del mar, que llegaba hasta él con toda claridad desde la ausencia de un espacio imposible de determinar, y dejó pasar lo que le pareció un tiempo interminable, durante el cual se sintió cada vez más solo, enojado y ofendido, lleno de una inexplicable nostalgia por su pasado anterior al conocimiento de Katina, hasta que impetuosamente, guiado por una furia directa contra Katina que, sin embargo, no se dirigía a su figura concreta, sino a algo que la encerraba y que simultáneamente era parte de ella y estaba fuera de ella, se levantó de la mecedora y se alejó de la casa sin avisarle a nadie, caminando por la orilla del mar hasta la suya, furioso ya también consigo mismo por haber iniciado esa acción, pero incapaz de volverse atrás. Entonces, ese pasado por el que un momento antes había creído tener nostalgia y del que le hablara la primera noche a Katina sentados los dos en los escalones del portal de su casa, se le mostró como algo insoportable también, al tiempo que sentía que si dejaba de pertenecerle no tenía nada y estaba intolerablemente vacío, rodeado de sentimientos, de pensamientos, de rumores que no era capaz de determinar, como ocurría con la noche ajena al espacio en la que transcurría y en medio de la cual caminaba él.

Cuando entró a su casa, cerrado por completo en su propia furia, como si ésta fuera la única realidad capaz de alcanzarlo, sus padres estaban todavía en la mesa con sus invitados.

—¿Y Katina? —le preguntó su madre.

—Se quedó con las primas —dijo él y dio las buenas noches y subió a su cuarto sin mirar casi hacia el comedor, evitando cualquier otra posible pregunta.

En él se puso a revolver sin motivo su ropa, los objetos preferidos acumulados en el closet a lo largo de los años y olvidados en él entre un verano y otro. Luego se quedó un largo rato de pie, cerca de su cama, inmóvil, escuchando el sonido del mar y venciendo el impulso de salir a la terraza, y al fin se desnudó, apagó la luz y se tiró sobre la cama, quedándose con los ojos abiertos en la oscuridad, sin siquiera poder sentir su furia ya, a pesar de que ésta lo envolvía por completo, hasta que le pareció oír la voz de Katina en la sala y luego escuchó claramente sus pasos en la escalera y sintió como se detenían un momento interminable en el pasillo, seguro de que a él le era imposible moverse hacia ella, tan sólo para que luego, tran-



quilizándolo casi al abrir una nueva pausa en la tensión de la espera, la puerta del cuarto de ella se abiera y se cerrara guardándola en su interior.

Por la mañana, al despertar, seguía sintiendo la misma rabia sorda que se volvía contra sí mismo al tiempo que se le imponía como producto del alejamiento de Katina, un alejamiento que luego imaginaba provocado por él, de tal modo que su impreciso rencor se convertía en un círculo sin fin del que le era imposible salir. Tal vez por eso, en vez de ponerse enseguida el traje de baño para bajar a desayunar como lo hiciera desde el segundo día en que ella estuvo en la casa, se vistió con pantalones y camisa y sin ningún motivo cargó la vieja escopeta que encontrara entre sus cosas la noche anterior y bajó al comedor con ella, evitando conscientemente mirar la puerta del cuarto de Katina. Había desayunado sin fijarse en lo que comía, sintiendo la casa extrañamente silenciosa y demasiado grande a su alrededor, como si se encontrara en el primer día de un tiempo inexplicable, dentro del que todo lo que siempre, desde que tenía memoria y podía recordar, le fuera conocido resultaba ajeno y extraño, y fue a sentarse a la playa, sobre la arena que ya empezaba a estar caliente, bajo la luz deslumbrante, que borraba los colores del mar, hacia el que él miraba sin ver, dejando que su vista se perdiera en la ausencia de límites que nacía de la absoluta unión entre ese mar convertido en un puro brillo y la línea del horizonte.

Entonces Katina había aparecido, quedándose de pie detrás de él, que reconoció su presencia como si toda ella pesara sobre su cuerpo, haciendo que lo sintiera más suyo que nunca, recorrido, hecho concreto, por una tensión intolerable, pero que, al mismo tiempo, le impedía volverse hacia ella.

—*An woran deukst du?* —había dicho Katina al fin en voz baja, con un tono grave, hablándole por primera vez en alemán y haciendo así que él sintiera que era la Katina del primer día, a la que viera durante un tiempo sin fin mientras los padres de ambos conversaban, sin atreverse a hablarle, pensando que su maravillosa realidad siempre sería intocable.

—Eso significa: ¿En qué piensas? —agregó Katina enseguida con el mismo tono grave todavía cuando él se volvió a mirarla, recorriendo lentamente con la vista sus delgados pies, que, como ella había comprobado con las huellas en la arena húmeda, eran del mismo tamaño que los suyos, las largas piernas que se ocultaban finalmente en el breve short azul, la blusa blanca dejando libres sus brazos y finalmente el rostro enmarcado por el pelo negro en cuyos ojos azules se quedaron los de él antes de contestar con un tono malhumorado todavía:

—En nada, no pienso en nada. En que sólo es un principio, tal vez.

—Un principio de qué —dijo ella, sentándose a su lado.

—No lo sé, eso es lo malo. Un principio de nada tampoco —contestó Luis, y volvió a mirar hacia el mar.

Ella se quedó callada un momento, mirando también hacia el horizonte sin límites como si quisiera ver lo que él veía. De pronto, parecía haber entrado en sí misma, haciéndose mayor y sin embargo, era la misma Katina, frágil y al mismo tiempo decidida, segura de sí y maravillosamente niña todavía.

—¿Estás enojado, Dwig? —dijo luego, volviéndose a mirarlo.

—No —contestó él y la imposibilidad de decir la verdad lo

obligó a cerrarse más aún en esa furia ajena a él mismo y que no deseaba.

—¿Para qué quieres ese rifle? —preguntó entonces Katina, como si no advirtiera lo que pasaba dentro de él y pudieran hablar normalmente.

—No es un rifle, es una escopeta —dijo él, sonriendo casi sin darse cuenta—. Antes mataba zopilotes con ella, e iguanas, Pero hace mucho de eso.

—Ah. . . —dijo Katina, sin comprender, pero como si nada de eso tuviera importancia ante el hecho de que los dos estaban sentados uno junto al otro, solos, frente al mar.

—Ven, vamos a caminar —le había pedido Luis, poniéndose de pie y tendiéndole la mano.

—¿A dónde? —preguntó Katina todavía, antes de permitir que él la ayudara a levantarse, estrechando su mano delgada en la suya.

—A caminar simplemente. Por la playa, lejos de las casas —contestó él.

Y ahora, en efecto, habían dejado todo atrás y caminaban envueltos por la luz sin necesidad de hablar, ni de tocarse, seguidos tan sólo por la vigilante gaviota, sin saber cuándo llegaría el momento de detenerse, sin que Luis guardara ningún rastro de su furia ya, como si la hubiera dejado olvidada entre las casas que habían dejado atrás, y sólo sintiera, sin ser plenamente consciente de ello, la cercanía de Katina, que sin embargo era toda, la única realidad en medio del brillo deslumbrante; sin que Katina supiera tampoco qué esperaba, aunque cuando Luis se detuvo un momento para quitarse la camisa amarrándosela a la cintura y enrollarse los pantalones, sintió con una terrible y maravillosa fuerza la necesidad de abrazarlo e inexplicablemente sólo la había obligado a contener su impulso el descubrimiento súbito de la gaviota, suspendida en su vuelo en medio del ardiente vacío del cielo, y ahora, en la pura luz sin espacio que los rodeaba, avanzando por el tiempo suspendido en un sólo instante que era siempre el mismo, en su interior estaba fijo el pensamiento de que en un momento cuya llegada no podía imaginar se detendría para quitarse la ropa y entrar al mar, que debería recibirla como si fuera ese Luis que caminaba intocable a su lado, con la escopeta al hombro.

La línea de arbustos incoloros que cerraba la ausencia de espacio en el lado contrario al del mar sólo para abrir de nuevo el horizonte inalcanzable, se había hecho más espesa y más alta, cuando el pensamiento fijo en alguna parte recóndita de Katina se hizo acto y ella se sentó inesperadamente sobre la arena. Luis se detuvo también, sorprendido, y bajó la vista para mirarla.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada, como tú dices —contestó ella—. Hay demasiada luz. Ya no veo, quiero nadar.

Luis se quedó de pie a su lado sin comprender. Junto con ellos, la gaviota se había detenido también en su avance, y volaba en círculos, sin adelantarseles, con lentos movimientos de sus enormes alas blancas, creando su propio, único espacio, en medio de la infinita, luminosa, inmensidad vacía.

Sin ver en ningún momento a Luis, como si de pronto ignorara por completo su presencia y para ella sólo existiera el mar, Katina se desabrochó la blusa, quitándosela rápidamente e hizo lo mismo con el short. Luis no había podido verla real-

mente mientras ella hacía, en lo que a él le pareció un solo instante, esas acciones; pero luego ella se puso de pie.

—¿No vienes? —le preguntó sin ninguna prisa ya.

Sólo entonces él advirtió en verdad que Katina estaba desnuda y tan cerca que con sólo estirar el brazo podría tocarla. Sin embargo, no podía moverse ni hablar. La figura de ella era la misma que cuando se mostraba con alguno de sus minúsculos trajes de baño, pero ahora, en vez de una tela roja o azul, el traje no era más que un recuerdo señalado por el color más claro de su piel en los lugares en que la cubría de costumbre y él veía sus pequeños pechos desnudos con los inimaginables pezones, de mujer ya, salidos en el centro y más allá de la línea más clara de su piel, que señalaba el principio o el fin del desaparecido traje, el pelo negro sobre su sexo, que era ahora una realidad absoluta. Por lo demás, Katina era la misma. El pelo le caía sobre los hombros conocidos, sus ojos azules lo miraban; pero en sus labios delgados no había ninguna sonrisa, sino que estaban firmemente unidos, cerrados por completo, al contrario que ese cuerpo que se le abría por primera vez y que tenía un nuevo centro definitivo para toda su belleza, un centro resplandeciente en su negritud, tan adorable y lejano como los pequeños pechos que, con los pezones descubiertos también, él sentía ver por primera vez aunque los hubiera entrevistado tantas veces y con tanta turbación antes. Y así, desnudo, el cuerpo de Katina, Katina entera, perdía toda malicia, todo rasgo de fascinación lograda a través de su coquetería natural, y era más inocente y pura y única que nunca; pero él desaparecía a su lado.

Ante su silencio, ella le dio la espalda y se adentró en el mar. Él vio como las olas, tan delicadas que apenas rompían contra la playa con un leve chasquido, acariciaban sus piernas rodeándolas, y vio su larga y delgada espalda cortada por la línea clara que señalaba la desaparecida presencia del sostén del bikini, sus caderas apenas más pronunciadas que las de él mismo pero de mujer ya sin duda alguna, la dibujada curva de sus nalgas que tan inexplicablemente se perdía en la larga firmeza de las piernas y, arriba, el mismo inagotable pelo negro en el que incluso la fuerza de la luz desaparecía convirtiéndose en sombra. Luego, el mar, tan transparente hasta entonces, adquirió una nueva y densa textura cuando la figura de Katina se perdió en él. Un momento después, la cabeza y un fragmento de los hombros de ella volvieron a aparecer más lejos, inalcanzables en medio del agua y él los miró, envarado por la fuerza de su necesidad de ir hacia ellos, pero, por eso mismo, incapaz de moverse, sintiendo cómo la furia que tantas veces lo había apresado durante los meses anteriores subía por su cuerpo hasta llenar su cabeza, haciéndolo odiarse pero al mismo tiempo odiar más aún a Katina, hasta el grado de que no podía seguir mirándola. Entonces sus ojos encontraron a la gaviota, que volaba en amplios círculos, muy despacio, casi exactamente sobre la cabeza de ella, haciendo que lo que hasta ese momento fuera un puro vacío sin contornos posibles se convirtiera en un pesado espacio, cerrado por completo en su derredor. Cegado por la ira, sin pensar en lo que hacía, tomó la escopeta que colgaba de su hombro y disparó una sola, terrible vez contra ella.

El tiempo, tan inexistente hasta entonces, pareció empezar a girar enloquecido a partir del sonido del disparo y sin em-

bargo todo semejó ocurrir en un solo instante. La gaviota detuvo por completo su vuelo, quedándose inmóvil durante una eternidad, tan paralizada como él un momento antes ante Katina; simultáneamente, ella dio un grito que en apariencia se sumó al seco ruido del disparo y antes de que el sonido de la voz de ella desapareciera, la gaviota empezó a caer, como si de pronto su gracilidad se hubiera convertido en el peso muerto de una piedra.

Katina nadó hacia la playa y salió corriendo del mar, pasando junto a Luis como si éste no existiera, sin detenerse en su sobreexcitado camino hacia el punto detrás de la línea de arbustos en que había caído el cuerpo de la gaviota. Instintivamente, volviendo a ser él mismo sólo entonces desde el aparentemente irrecuperable pasado en que ella apareciera desnuda ante su mirada, Luis la siguió, pero Katina había pasado ya la barrera de los arbustos y se dirigía hacia el cuerpo de la gaviota, que con las vastas alas extendidas manchadas por el rojo de su sangre yacía deshecha sobre la arena tan blanca como ella, con la cabeza doblada en un giro roto sobre el pecho, cuando él logró alcanzarla y la detuvo tomándola por la cintura. Katina se revolvió en sus brazos, tratando de liberarse y gritándole en una mezcla de español y alemán, pero de pronto él sintió que su piel reconocía la dulzura de la de ella y la de ella la de él. Sin ninguna transición, las palabras de ella se perdieron en el súbito silencio que los rodeó y luego los labios de él estaban en los de Katina y reconocía su lengua húmeda, de la que se apartó sin embargo para que la suya tocara la unión entre el cuello y los hombros de Katina y en seguida se detuviera en el pezón que su boca rodeaba, sólo para que Katina lo llevara después hacia su boca de nuevo, pegando por completo sus pechos al suyo y rodeando su cuello con los brazos en un contacto que simultáneamente la hacía intangible y más presente que nunca. No supo en qué momento se había quitado los pantalones, pero tuvo una clara conciencia de la mano de ella acariciando su sexo cuando ya estaban tendidos sobre la arena y luego del momento en que Katina lo guió hasta su interior, que lo rodeó por completo sin que ella se quejara a pesar de que Luis podía sentir su resistencia mientras entraba, sólo para perderse de inmediato, junto con ella, en ella, en la dulzura de un olvido que no tenía fin en su viaje hacia atrás y que los unía en la ilimitada claridad de conciencia que hacían nacer de su propia oscuridad, aislándolos del mundo y entregándolos al mundo.

Mucho después, el negro pelo de ella estaba extendido en su pecho y sus labios se entreabrían silenciosos sobre los latidos de la vena del cuello de él. A su alrededor, como única presencia en el vacío que se mostraba más allá, la luz los envolvía como una manta delicada, tenue en su mismo ardor, capaz de mostrar su peso sólo en el cuerpo de ellos. Entonces, como si despertara temerosa de un único sueño para entrar por primera vez a la realidad, Katina levantó apenas la cabeza, hizo a un lado el pelo que le cubría parte de la cara y dijo casi en un susurro, con los ojos azules fijos en los de él:

—Dwig, *die Möwe*, la gaviota. . .

Los dos levantaron la cabeza y buscaron tímidamente a su derredor y luego se pusieron de pie, incrédulos; pero la gaviota ya no estaba.